



¿QUÉ HACE EL ESPÍRITU SANTO?

¡Bienvenidos! ¿Pueden buscar Juan, capítulo 3, versículos 3 a 8? Es Jesús hablando con Nicodemo:

Juan
Capítulo 3
Versículos 3–8

Jesús replicó diciendo: «De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios».

«¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? —preguntó Nicodemo—. ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y volver a nacer?».

Jesús respondió: «Yo te aseguro que nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu.

Lo que nace del cuerpo es cuerpo; lo que nace del Espíritu es espíritu.

No te sorprendas de que te haya dicho: "Tienen que nacer de nuevo".

El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va. Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu».

Jesús replicó diciendo: «De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios».

«¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? —preguntó Nicodemo—.

¿Acaso puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y volver a nacer?».

Jesús respondió: «Yo te aseguro que nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu.

Lo que nace del cuerpo es cuerpo; lo que nace del Espíritu es espíritu.

No te sorprendas de que te haya dicho: "Tienen que nacer de nuevo".

El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va.

Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu».

La expresión «nacer de nuevo» se ha convertido en un cliché y se usa hasta para anunciar autos —¡«cosas que nacen de nuevo»!—.

También es muy popular en los Estados Unidos —la gente habla de «cristianos nacidos de nuevo» y es una expresión un tanto intimidante—.

Pero, en realidad, ¡Jesús fue la primera persona que usó esa expresión!

Y con eso quería decir que así como un hombre y una mujer se unen en un acto de amor que crea un bebé físico, cuando el Espíritu de Dios y el espíritu de un hombre o una mujer se unen en un acto de amor, tiene lugar un nuevo nacimiento espiritual.

La persona nace de nuevo, nace otra vez, inicia una nueva vida espiritual.

Una vez fui a una iglesia en Brighton, y la maestra de la escuela dominical estaba explicando a la congregación lo que había sucedido en su clase la semana anterior, cuando trataba de explicar a su grupo de niños la diferencia entre el nacimiento físico y el espiritual —se refería a Juan, capítulo 3—.

Y para mostrarles la diferencia, preguntó a los niños: «¿Se nace cristiano?».

Y un niño contestó: «No, maestra; se nace normal».

Jesús dice que además del nacimiento físico, necesitamos un nuevo nacimiento espiritual.

El Espíritu Santo vive dentro de todo cristiano.

Hasta que recibimos a Cristo... ciertamente el Espíritu nos creó, el Espíritu nos

convence de nuestro pecado, de que necesitamos a Jesús; pero hay una relación diferente con el Espíritu Santo cuando viene a vivir en nosotros.

Es cualitativamente diferente.

Cuando «entregué mi vida a Cristo» / «me hice cristiano» / «me convertí» —la expresión que ustedes prefieran, y hay muchas expresiones diferentes para ello en el Nuevo Testamento— pero cuando me pasó a mí, pensé: «Eso es todo.

¡He llegado a la meta!».

Lo pensé mucho, luché con ello y al final me hice cristiano, ¡listo!
Alguien tuvo que explicarme que era sólo el principio.

Como cuando nace un bebé —¡no es el final!—.

Es hermoso cuando nace, pero no decimos: «Eso es todo, ¡fantástico!».

El bebé debe crecer.

Lo mismo ocurre cuando creemos en Cristo y el Espíritu de Dios vive en nosotros —no es el final, sino el principio—.

Lo que quiero ver en esta sesión es lo que sucede cuando el Espíritu de Dios viene a vivir en un hombre o en una mujer.

Es decir, ¿cuál es el resultado?

¿Cuál el efecto?

1. HIJOS E HIJAS DE DIOS

Esto es lo primero: nos hacemos hijos e hijas de Dios.

¿Pueden buscar Romanos, capítulo 8, versículo 1?

Romanos, capítulo 8 es uno de los capítulos más espléndidos de todo el Nuevo

Testamento.

Es como el Himalaya del Nuevo Testamento.

Es una cumbre.

En Romanos 8, versículos 1 y 2, San Pablo escribe:

Romanos
Capítulo 8
Versículos 1-2

Por tanto, ya no hay condenación para los que están unidos a Cristo, pues por medio de él la ley del Espíritu de vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.

Por tanto, ya no hay condenación para los que están unidos a Cristo, pues por medio de él la ley del Espíritu de vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.

Jesús cargó con todos nuestros pecados en la cruz —pasados, presentes y futuros—.

Él toma todos nuestros pecados y los sepulta «en las profundidades del mar», como dice el profeta Miqueas.

Y allí deben quedarse.

Se hace borrón y cuenta nueva cuando aceptamos a Cristo.

Y luego algo aun más asombroso sucede: iniciamos una relación con Dios —todos fuimos creados por Dios, pero no todos viven en esta relación como un hijo o hija con su padre.

Y esto no viene por nacimiento, sino por nacimiento espiritual.

Y en el capítulo 8, versículos 14 al 17 —si el capítulo 8 es el Himalaya, ¡esto es como el Everest!—

dice lo siguiente —capítulo 8, versículo 14—:

Romanos
Capítulo 8
Versículos 14-17

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.
Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: «¡*Abba!* ¡Padre!».
El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.
Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria.

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.

Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: «¡*Abba!* ¡Padre!».

El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.

Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria.

Esto es lo primero: ser hijo o hija de Dios es el mayor privilegio que jamás podamos tener:

«[...] los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.

Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos».

Eres adoptado en la familia de Dios.

Según el Derecho Romano, que quizá era lo que Pablo tenía en mente, la adopción era verdaderamente el mayor privilegio.

No había estatus más alto que el ser adoptado por una familia romana.

Así es hoy también.

Supe de un niño que había sido adoptado, y le hacían bromas en la escuela por el hecho de ser adoptado.

Y un día respondió a los que se burlaban de él y les dijo, dijo: «Miren —dijo—, ¡mis padres me escogieron a mi!

¡Los suyos no pudieron elegir!».

Hace unos meses tuvimos una conferencia en Hungría.

Y allí conocí a una mujer llamada Ildiko Papp.

Era una conferencia Alpha, y ella me contó su historia —cómo 18 meses antes ella había sido indigente y alcohólica—.

Vivía en la calle, en un pueblo cercano a Budapest, y alguien la invitó a un curso Alpha, y en ese curso ella entregó su vida a Cristo y experimentó el amor de Jesús.

Y fue liberada del alcoholismo.

Encontró trabajo, comenzó una vida nueva.

La entrevisté en la conferencia, y una de las preguntas que le hice fue: «¿Qué ha cambiado Jesús en tu vida?». Ésta fue su respuesta.

Dijo: «Yo era mendiga, y él me ha hecho una princesa».

Es lo que ha hecho por todos nosotros.

Nos ha hecho hijos e hijas del Rey.

Somos príncipes y princesas.

La gente busca estatus; no hay estatus más elevado que ser hijo o hija de Dios.

Segundo, es la intimidad más cercana posible.

El versículo continúa: «[...] les permite clamar: ¡*Abba!* ¡Padre!».

Abba es una palabra interesante porque es una palabra aramea; y los traductores ni siquiera intentaron traducirla porque es muy difícil de traducir.

La dejaron tal cual.

Es de las más importantes del Nuevo Testamento.

Es la palabra que habría usado un hijo con su padre; pero no sólo de niño, sino durante toda su vida.

Es algo así como 'papá' o 'papi', pero sin la connotación infantil que esas palabras tienen en nuestra sociedad.

Pero es una palabra que expresa una intimidad muy cercana.

Es una palabra muy característica de Jesús.

En ninguna parte del Antiguo Testamento se le llama a Dios *Abba*, pero Jesús la usó en su relación con Dios y luego dijo: «Tú puedes tener la misma relación.

Dios puede ser tu padre, puedes usar la misma palabra que uso yo en mi relación con el Padre, *Abba*».

Éstos son algunos de los títulos del Príncipe Carlos.

Tiene muchos títulos.

Él es su Alteza Real el Príncipe de Gales.

Es Duque de Cornualles, Caballero de la Jarretera, General en Jefe del Regimiento Real de Gales, Duque de Rothesay, Caballero del Cardo, Contraalmirante de la Marina Real, Gran Maestro de la Orden de Bath, Conde de Chester, Conde de Carrick, Barón de

Renfrew, Señor de las Islas, Gran Senescal de Escocia.

Y si le escribiera una carta, yo tendría que firmar como «El humildísimo y obediente siervo de Su Alteza Real».

Pero para William y Harry, es «papá».

Es asombroso que Jesús nos esté diciendo que podemos tener este tipo de intimidad en nuestra relación con Dios.

Abba.

Y además es la experiencia más profunda.

La gente está buscando espiritualidad, ¿no es cierto?

Está buscando experiencias espirituales y busca por todos lados.

Ésta es la experiencia espiritual más profunda que podemos tener —versículo 16—: «El Espíritu mismo —el Espíritu Santo— le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios».

Recuerdo la primera vez en mi vida en la que experimenté eso, cuando de pronto me di cuenta de que era hijo de Dios, ¡que Dios me amaba!

No sólo a todo el mundo —puesto que ama a todo el mundo— ¡sino a mí!

Como un padre ama a su hijo, sólo que mucho más de lo que cualquier padre ama a su hijo.

De vez en cuando, los padres toman a sus hijos en brazos, los abrazan y les dicen: «Te quiero».

Les están asegurando que son hijos y que los aman.

Y de vez en cuando, el Espíritu de Dios nos toma en sus brazos y nos abraza.

El Espíritu asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.

La experiencia más profunda.

Finalmente, es la mayor seguridad —versículo 17—:

«Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria».

Según el Derecho Romano, un hijo adoptado era como cualquier otro hijo.

Heredaba cuando el padre moría.

Como cristianos, no heredamos al morir nuestro Padre, sino que heredamos en nuestra propia muerte, somos herederos con Cristo si —dice San Pablo (esto no es una condición, sino una observación)—, si nos identificamos con Cristo, que puede implicar rechazo y oposición, pero eso no es nada comparado con la herencia que recibimos.

Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo.

La gente busca seguridad.

No hay mayor seguridad que ser heredero de Dios, coheredero con Cristo.

2. DESARROLLO DE LA RELACIÓN

Así que el primer resultado cuando el Espíritu de Dios viene a vivir en una persona es que la hace hijo o hija de Dios.

La segunda es que el Espíritu nos ayuda a desarrollar esa relación.

Y las relaciones no crecen sin comunicación.

Así que el Espíritu de Dios nos ayuda a orar, a hablar con Dios.

Ya vimos anteriormente en el curso un versículo —Efesios 2,18— que dice que «por medio de él [de Jesús] todos [judíos y gentiles] tenemos acceso al Padre por el Espíritu».

El Espíritu nos da acceso a Dios cuando oramos.

Podemos acceder, gracias a que Jesús murió por nosotros... por medio de Jesús podemos acceder a la presencia de Dios.

«Acceso» es también una palabra maravillosa del Nuevo Testamento: tenemos acceso a Dios.

No hay separación entre nosotros y Dios.

No hay barrera entre nosotros.

A menudo creo que sentimos que hay una barrera; una barrera mucho mayor de lo que en verdad es.

Cuando estaba en la universidad, mis cuatro mejores amigos se llamaban Nicky.

¡Éramos cinco Nickys!

Y todos nos convertimos más o menos al mismo tiempo.

A menudo solíamos organizar almuerzos para los cinco Nickys. Éramos Nickys hombres, ¡pero también conseguimos algunas Nickys mujeres en el grupo!

Había algunos Nickys honorarios.

Y solíamos reunirnos en las salas S1 y S2 de Hewell's Court, en la calle principal, encima del banco Barclays.

En algunos de esos almuerzos, éramos muchas personas y armábamos mucho alboroto.

En una ocasión empezamos a discutir sobre el grosor del piso entre nosotros y el banco Barclays.

Queríamos saber si se nos oía desde abajo, en el banco, y también —no fue mi sugerencia, sino la de uno de mis amigos— ¡si podríamos robar el banco!

En caso de que sólo hubiera paneles en el piso se podrían atravesar para, quizá en la noche, bajar al banco y ver lo que había allí.

Así que decidimos hacer un experimento para descubrir cual era el grosor del piso.

Lo que hicimos fue enviar a uno de los..., en realidad era una Nicky honoraria a quien mandamos al banco, se llamaba Kay.

Ella bajó al banco y nosotros aumentamos progresivamente el ruido.

Primero saltó una persona, luego dos, luego tres, luego cuatro, hasta llegar a diez personas saltando a la vez.

Luego uno saltó desde una silla, luego dos, luego tres y así hasta diez.

Y luego desde la mesa —saltó uno, luego dos y así hasta diez desde la mesa.

Y nos preguntábamos en qué etapa del proceso Kay empezaría a oírnos desde el banco.

Sucedió que el piso era mucho más fino de lo que habíamos pensado.

Era una hora de mucha actividad, la una de la tarde, cuando mucha gente va al banco, y Kay pudo oír inmediatamente a la primera persona que saltó.

Se había puesto en la cola, esperando, porque creyó que así no la identificarían como parte de lo que pasaba.

Luego se le ocurrió: «¡Todavía queda mucho del proceso planeado!».

Y el ruido comenzó a aumentar.

Pero decidió aguantarlo y se quedó en su lugar.

Pero se dio cuenta, después de un rato se oyó algo parecido a un trueno.

Todos dejaron lo que estaban haciendo.

Los empleados del banco se detuvieron; todos miraron al techo.

Y ella pensó: «No puedo irme ahora, ¡porque pensarán que soy cómplice!».

Así que decidió quedarse.

Y lo que sucedió entonces fue que trozos del techo —¡de veras, es cierto!— trozos del techo empezaron a caer.

Yo creía que eran trozos de poliestireno, pero después descubrí que lo que caía eran trozos del techo del banco.

Al final, Kay regresó para decirnos que se nos oía perfectamente en el banco.

Alguien me oyó narrar esta historia en video y me escribió... y me dijo que estaba interesado en mi referencia a S1 y S2 de Hewell's Court.

Dijo: «Yo era el encargado de mantenimiento en ese entonces».

Y añadió: «El problema de los ruidos entre S1, S2 y el banco Barclays me fue comunicado, pero hasta ahora no sabía quién lo había causado».

«No fueron trozos de poliestireno lo que cayó en el banco, sino parte del falso techo.

No tema, no habrá represalias».

El mensaje de la historia —¡que lo tiene!— es que la barrera era mucho más fina de lo que pensamos.

Creo que respecto a la oración, la barrera entre nosotros y Dios es mucho menor de lo

que pensamos.

Es inexistente.

Tenemos acceso por el Espíritu.

San Pablo escribe más adelante, en Romanos 8: «El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. No sabemos pedir como deberíamos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros».

Así que nos ayuda en la relación, nos ayuda a orar y también nos ayuda a entender la Palabra de Dios.

Pablo pide en Efesios que tengamos espíritu de sabiduría y de revelación para conocer mejor a Dios.

Él pide que se nos iluminen los ojos del corazón, para que nosotros entendamos —este libro, por ejemplo—.

Recuerdo que antes de ser cristiano cuando oía la lectura de este libro en los servicios —no sé, en alguna boda o funeral o en cualquier otra cosa— no lo entendía.

Sólo cuando di el paso de la fe, algunas de las objeciones intelectuales..., de pronto supe que eran totalmente falsas.

Entendí lo que antes no había entendido.

Sólo cuando el Espíritu de Dios vino, comencé a entender.

Uno de los grandes teólogos y filósofos del siglo once, Anselmo de Canterbury, dijo esto: «Credo ut intelligam», que significa 'Creo para poder entender'.

Dijo: «No pretendo entender para creer; sino que creo para entender».

No sé si han visto la película *Indiana Jones y la última cruzada*, pero yo la vi recientemente, y Harrison Ford hace el papel de Indiana Jones, que está en búsqueda

del Santo Grial para, entre otras cosas, salvar la vida de su padre —su padre es Sean Connery—.

Una de las cosas que debe hacer para encontrar el Santo Grial es dar un salto desde la Cabeza del León para mostrar su valor.

La Cabeza del León es como un rostro de roca con un gran barranco debajo.

Y se le ve llegar al rostro de roca y mirar al gran abismo debajo.

Le dicen que debe dar un salto de fe, y él exclama: «¡Un salto de fe!», mientras observa.

Luego extiende su pierna así; en realidad no hay absolutamente nada debajo de él.

Pero da el paso y, al hacerlo, aparece un puente que no podía ver antes de pisar en él.

Y eso lo lleva a su destino.

Creo que para algunos puede parecer un salto de fe.

Pero no es un salto de fe; es un paso de fe.

Pero sólo cuando damos el paso entendemos que en realidad es cierto: que no estamos saltando hacia lo desconocido, estamos en terreno firme.

Es el Espíritu Santo quien nos da ese entendimiento y nos ayuda a afianzar nuestra relación con Dios.

3. EL PARECIDO FAMILIAR

Tercero, el Espíritu Santo crea el parecido familiar.

Es obvio, ¿verdad?, que los hijos muy a menudo se parecen a sus padres.

Lo asombroso es que a menudo también se parecen a ambos padres, aunque los padres sean muy diferentes.

No es sólo algo genético; en parte es genético, pero también es el tiempo que pasan juntos.

¿No es asombroso cómo esposos y esposas a menudo llegan a parecerse?

¡Incluso lo vi en un programa de perros y sus dueños!

Era sorprendente: ¡esas personas se parecían muchísimo a sus perros!

¡Pasaban mucho tiempo con ellos!

Como Pablo dice en segunda Corintios 3,18: «[...] nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu».

Está diciendo que cuando el Espíritu de Dios habita en una persona, crea en ella ese parecido familiar y la asemeja más a Dios y más a Jesús.

¿Cómo sucede esto?

Gálatas 5. ¿Quieren buscar Gálatas 5, versículos 22 y 23?

San Pablo escribe:

Gálatas
Capítulo 5
Versículos 22-23

[...] el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio.

Éste es el Espíritu de Jesús, que viene a hacernos más parecidos a Jesús.

¿Cuáles son las características que el Espíritu produce en nosotros?

La primera, y más importante, es el amor.

Cuando experimentamos el amor que Dios nos tiene, el amor que Dios derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo, debemos transmitirlo amando a Dios y amando a los demás.

Hace poco conocí a una mujer excepcional llamada Chiara Lubich.

Y leí un poco de su historia.

Cuando tenía 19 años vivía en el norte de Italia.

Era 1939: año de bombardeos.

Ella y sus amigas se preguntaron: «¿Hay algún ideal que las bombas no puedan destruir?».

La respuesta a la que llegaron fue: «Sí, el amor».

Habían experimentado el amor de Dios derramado en sus corazones y deseaban compartirlo.

Así que salieron de sus casas y empezaron a ayudar a los necesitados compartiendo la poca comida que tenían, dando ropa a la gente y consolando a los afligidos.

Y emanaba de ellas tal calor humano que las apodaron: «Focolari», que significa 'chimenea', 'hogar'.

El movimiento hoy tiene dos millones de miembros en 182 países.

Y está basado en un mandamiento muy sencillo de Jesús: «Ámense los unos a los otros como yo los he amado».

Amor mutuo, disposición para dar la vida por los demás.

Su regla de vida las 24 horas del día es vivir la Regla de Oro.

La Regla de Oro es, como dijo Jesús: «Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes».

Chiara dice: «Ama a tu prójimo como a ti mismo —no con palabras, sino con obras—.

Imaginen cómo sería el mundo si se practicara la Regla de Oro, no sólo entre individuos, sino también entre grupos étnicos, pueblos y naciones —si cada uno amara al otro país como al propio—.

Amor, alegría.

Malcolm Muggeridge, que fue ateo durante gran parte de su vida, dijo: «La alegría es la manifestación más característica y alentadora de la conversión.

Es éxtasis, una alegría indescriptible que inunda todo nuestro ser, haciendo que los miedos se disuelvan en nada y que las expectativas se eleven hacia el cielo’.

La alegría es diferente de la felicidad.

Nunca se nos garantiza felicidad como cristianos.

Algunos tienen vidas muy difíciles, tienen que enfrentarse a muchos problemas.

Pero lo que el Nuevo Testamento nos promete es, es alegría, que es mucho más profundo.

Richard Wurmbrand, que fue encarcelado durante muchos años en un antiguo país comunista y torturado casi a diario por su fe, escribió: «Solo en mi celda, helado, hambriento y en harapos, bailaba de alegría todas las noches.

A veces me inundaba tanta alegría que sentía que iba a estallar si no la expresaba».

Paz.

De nuevo, no es una paz superficial, sino paz en medio de problemas, ansiedades y luchas.

Es una paz que «sobrepasa el entendimiento».

Es como una profunda corriente marina.

Puede haber tormenta en la superficie —viento y olas—, pero en lo profundo hay una paz que nace de vivir en paz con Dios.

Y fluye hacia fuera anhelando llevar paz a los demás.

Francisco de Asís —o por lo menos a él se le atribuye— dijo: «Señor, hazme instrumento de tu paz.

Que trabaje por la paz, que la traiga a este mundo turbulento».

Y así con todas las demás características: paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. Ése es el parecido familiar.

4. UNIDAD EN LA FAMILIA

Cuarto, la unidad.

El Espíritu desea que estemos unidos unos a otros.

Debemos ser ejemplo para un mundo turbulento y dividido.

Jesús oró por la unidad de la iglesia.

Y lo asombroso es que tenemos unidad porque somos hijos e hijas de Dios.

Somos hermanos y hermanas.

Todos tenemos una relación con Jesucristo.

Y todos tenemos el Espíritu Santo en nosotros, como cristianos.

Capítulo 4 Versículos 3-6

Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz.
Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza;
un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo;
un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos.

San Pablo escribe en Efesios 4, versículo 3: «Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz.

Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos».

El Espíritu de Dios vive en cada cristiano sin importar su origen, color, raza, cultura o denominación.

El Espíritu de Dios vive en católicos y protestantes, en ortodoxos y pentecostales.
Y eso es lo que hace que las divisiones en la iglesia sean una tragedia.

Lo maravilloso es que la gente está empezando a reconocer eso ahora.

Está reconociendo que lo que nos une es infinitamente mayor que lo que nos divide.

Por eso las barreras entre denominaciones están cayendo.

Muchos reconocen hoy que no son los únicos cristianos; hay muchos cristianos en diferentes partes de la iglesia.

Es muy raro encontrar hoy en día la actitud intolerante y arrogante que afirma: «Somos los únicos cristianos».

Supe de un hombre así, miembro de una iglesia bautista —¡por favor no te ofendas si eres bautista... o si ves esto en video y eres bautista!—

¡Amo a los bautistas!

Los bautistas son maravillosos; bien podría haber sido un anglicano, pero resultó que era bautista.

Este hombre era muy arrogante e intolerante, y creía que sólo los bautistas eran verdaderos cristianos.

Una vez fue a predicar a una iglesia durante la Semana por la Unidad de los Cristianos.

Extraña elección para la Semana por la Unidad de los Cristianos, sin embargo predicó. Y quiso defender su postura.

Así que cuando le tocó hablar dijo: «¿Cuántos de ustedes son bautistas?».

Bueno, no había casi nadie que no fuera bautista porque sabían quién iba a predicar, así que casi todos levantaron la mano.

Luego dijo: «¿Hay alguien que no sea bautista?»

Y una ancianita sentada enfrente levantó la mano con valentía.

«¿Qué es usted?»

Respondió: «Soy metodista».

Preguntó: «¿Qué?»

Repitió: «Soy metodista».

Él dijo: «¿Por qué es metodista?».

Contestó: «Bueno, mi papá era metodista, mi abuelo era metodista y supongo que por

eso soy metodista».

«Ajá —pensó— voy a divertirme».

Y dijo: «Suponga que su papá era tonto y que su abuelo era tonto, ¿qué sería usted?».

Ella quedó pensativa y dijo: «En ese caso sería bautista».

¡Por favor no te ofendas si eres bautista!

¡En realidad era un anglicano!

La moraleja es que esa actitud es absurda, ridícula, porque el Espíritu Santo vive en todos nosotros.

Lo que nos une es infinitamente mayor que lo que nos separa.

En lugar de ver otras partes de la iglesia como una amenaza deberíamos verlas como una riqueza.

5. DONES PARA TODOS LOS HIJOS

Esto me lleva a la quinta acción del Espíritu Santo: y él da dones a todos los hijos.

¿Quieren buscar 1 Corintios 12,4-11?

San Pablo escribe —estudiaremos este pasaje con más detalle en los grupos pequeños dentro de poco—:

1 Corintios
Capítulo 12
Versículos 4–11

Hay diversos dones, pero un mismo Espíritu.

Hay diversas maneras de servir, pero un mismo Señor.

Hay diversas funciones, pero es un mismo Dios el que hace todas las cosas en todos.

A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien común.

A unos Dios les da, por el Espíritu, palabra de sabiduría; a otros palabra de conocimiento por el mismo Espíritu;

a otros, fe por medio del mismo Espíritu; a otros dones de sanación, por el mismo Espíritu;

a otros, poderes milagrosos; a otros, profecía; a otros, el discernir espíritus; a otros, el hablar en diversas lenguas;

y a otros, el interpretar lenguas. Todo esto lo hace un mismo y único Espíritu, quien reparte a cada uno según él lo determina.

Hay diversos dones, pero un mismo Espíritu.

Hay diversas maneras de servir, pero un mismo Señor.

Hay diversas funciones, pero es un mismo Dios el que hace todas las cosas en todos.

A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien común.

A unos Dios les da, por el Espíritu, palabra de sabiduría; a otros palabra de conocimiento por el mismo Espíritu; a otros, fe por medio del mismo Espíritu; a otros dones de sanación, por el mismo Espíritu;

a otros, poderes milagrosos; a otros, profecía; a otros, el discernir espíritus; a otros, el hablar en diversas lenguas; y a otros, el interpretar lenguas.

Todo esto lo hace un mismo y único Espíritu, quien reparte a cada uno según él lo determina.

Ésta no es una lista exhaustiva —en otras listas vemos dones para servir, exhortar, socorrer a los necesitados, dirigir, mostrar misericordia, evangelizar, pastorear..., todo tipo de dones.

Pero lo cierto es que los necesitamos todos.

Pablo usa la analogía del cuerpo: la nariz no puede decir: «Soy más importante que el ojo».

Necesitamos a cada una de las partes del cuerpo de Cristo.

Algunos de estos dones muestran de forma más clara acciones extraordinarias de Dios en el mundo —el don de lenguas o los milagros—.

Pero también se incluyen dones naturales, que pueden ser transformados por el Espíritu Santo.

El teólogo alemán Jurgen Moltmann dijo: «En principio, toda capacidad humana puede convertirse en don del Espíritu mediante el llamado de una persona, si se utiliza en Cristo».

La iglesia no debería ser un espectáculo individual.

Y con frecuencia las iglesias se convierten en eso —el pastor lo hace todo, o el párroco lo hace todo o el sacerdote lo hace todo—.

¡Y la gente no hace nada!

Alguien ha comparado a la iglesia con un partido de fútbol, donde, donde «¡22.000 personas que necesitan ejercicio observan a 22 personas que necesitan descanso!».

La iglesia puede llegar a eso, cuando el pastor lo hace todo.

Un párroco recibió una carta como ésta: «Querido párroco, hay 566 personas en nuestra iglesia.

100 son débiles y ancianos, eso nos deja con 466 para hacer todo el trabajo.

80 son jóvenes en la escuela o en la universidad, eso nos deja con 386 para hacer el trabajo.

150 son empresarios ocupados, lo que nos deja con 236 para hacer todo el trabajo.

Otras 150 están ocupados con hijos, que 86 para hacer todo el trabajo.

15 viven demasiado lejos para venir regularmente, lo que nos deja con 71 para hacer todo el trabajo.

Y 69 dicen que ya colaboraron en la iglesia.

Sólo quedamos usted y yo.

Pero yo estoy exhausto, así que buena suerte».

6. UNA FAMILIA EN CRECIMIENTO

Así que todos deberíamos participar, porque Dios ha dado dones a todos sus hijos.

Y sexto, esta familia en la que nacemos, la familia de Dios, debe ser una familia en crecimiento.

Un versículo que ya vimos antes es Hechos 1, versículo 8, donde Jesús dice que cuando venga el Espíritu «Ustedes recibirán poder y ustedes serán mis testigos».

En otras palabras: «Otras personas sabrán de mí por medio de lo que ustedes hagan y digan».

Sé que esto aterroriza a algunos: ¡pensar que tienen que hablar acerca de su fe, hablar sobre Jesús a los demás!

Supe de un joven así.

Le horrorizaba la idea de que tendría que hablar a sus amigos y familia sobre Jesús.

De hecho eso impidió que se hiciera cristiano.

Simplemente pensó que era una idea tan horrenda que no iba a hacerse cristiano.

Fue a ver a un cristiano mayor muy sabio, que le dijo: «Mira, » le dijo, «en tu caso Dios ha hecho una excepción.

No tienes que decírselo a nadie.

Puede quedar como algo secreto entre tú y Dios».

Y él dijo: «¡Ah, qué bueno!».

Así que se fue a casa, subió a su cuarto, se arrodilló al lado de su cama y entregó su vida a Jesús.

Y cuando lo hizo, el Espíritu Santo vino sobre él y lo llenó a él y inundó todo su ser.

Y quedó lleno de un gozo desbordante.

Bajó las escaleras corriendo y allí, en la cocina, estaban su familia y cinco de sus amigos.

Y les dijo todo emocionado: «¿Saben? ¡Es asombroso! ¡Puedes ser cristiano sin decírselo a nadie!».

Cuando el Espíritu de Dios nos llena, no es costoso decírselo a la gente: surge, es algo que anhelamos hacer, porque es una noticia maravillosa.

Y la iglesia comienza a crecer.

El Espíritu Santo vive dentro de todo cristiano.

Pablo escribe: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo».

Pero no todo cristiano está lleno del Espíritu.

Porque Pablo escribe a personas que ya eran cristianas y les da este mandato:

«Llénense del Espíritu» —en presente continuo, es decir: «Sigán llenándose una y otra y otra vez del Espíritu Santo»—.

¿Cómo?

¿Cómo podemos llenarnos del Espíritu?

Comenzamos con Génesis 1, versículo 1 y quiero terminar con Apocalipsis, capítulo 22, versículo 17 —justo al final de la Biblia—.

Apocalipsis
Capítulo 22
Versículo 17

El Espíritu y la novia dicen: «¡Ven!»; y el que escuche diga: «¡Ven!». El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida.

El Espíritu [el Espíritu Santo] y la novia [la esposa de Cristo, que es la Iglesia]... El Espíritu y la novia dicen: «¡Ven!»; y el que escuche diga: «¡Ven!». El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida.

Algunos de ustedes dirán: «Es eso lo que anhelo.

Tengo mucha sed de ese regalo del agua de la vida».

Ésta es la promesa: si vienes, recibirás.

Otros pueden decir: «Bueno, sinceramente, yo no me siento así.

No siento ninguna sed».

Dios acepta nuestra situación.

Podemos orar.

Podemos decir: «Señor, no tengo sed, pero ¿podrías darme esa sed?».

Y te dará esa sed.

Su promesa dice: si alguien tiene sed y pide, Dios le dará del agua de la vida gratuitamente.

Oremos.

Señor, te damos gracias por estas asombrosas y maravillosas transformaciones que el Espíritu Santo quiere hacer en nuestras vidas.

Señor, te pedimos hoy por cada persona aquí presente; Señor, si tenemos sed, tú nos dices:

«¡Vengan!, vengan los que tienen sed; vengan y tomen gratuitamente del agua de la vida».

Para quienes, quizá, todavía no sienten esa sed, danos esa sed y luego ven otra vez y sácianos gratuitamente con el agua de la vida.

En el nombre de Jesús, amén.